

SANTA EDUVIGIS, VIUDA

Día 16 de octubre

Por P. Juan Croisset, S.J.

Santa Eduvigis, mucho más ilustre por el resplandor de su virtud que por la nobleza de su sangre, fue hija del príncipe Bertoldo, duque de Carintia, marqués de Moravia, conde del Tirol, y de Inés, hija de Rotlech, marqués del Sacro Imperio. Tuvo cuatro hermanos y tres hermanas: Inés, que fue la mayor, casó con Felipe Augusto, rey de Francia; la segunda con Andrés, rey de Hungría, y fue madre de Santa Isabel; la tercera se consagró á Dios en religión, y fue abadesa de Lutzing en Franconia. Nació Eduvigis hacia el fin del siglo decimosegundo, habiéndola dotado Dios de tan dichoso natural y de tal conjunto de prendas, que no parecía posible princesa más cabal. Siendo aún muy niña, dispusieron sus padres que entrase en el monasterio de benedictinas de Lutzing para su mejor educación; pero las monjas encontraron en ella más asunto de admiración que necesidad de cultivo ni materia de enseñanza. Eran todas las delicias de la santa niña pasar largos ratos en la iglesia, ó estar de rodillas delante de una imagen de la santísima Virgen; y, aunque muy inclinada á la lectura, no hallaba gusto en otra que en los libros espirituales y devotos.

Contaba solos doce años cuando la casaron con el príncipe Enrique, duque de Silesia y de Polonia: con el nuevo estado descubrió nuevas virtudes.

Su primer estudio fue comprender el genio y las inclinaciones del duque su marido, para dedicarle á

servirle y complacerle. Logrólo tan perfectamente, que, ganándole el corazón para sí, se le ganó para Dios; y, aprovechándose del amor que el duque la profesaba, consiguió hacerle uno de los más cristianos y más virtuosos príncipes de Alemania. Concedióla el Cielo tres hijos y tres hijas; los primeros fueron Enrique, Boleslao y Conrado; las segundas Inés, Sofía y Gertrudis.

Habiéndose encargado ella misma de criar á sus hijos en las máximas más puras de la religión y de la virtud, tuvo el consuelo de verlos á todos tan señalados por su ejemplar piedad como por las demás grandes y nobilísimas prendas que los hicieron más ilustres en todas las cortes de la Europa.

Pero lo más asombroso fue que, después de tener el sexto hijo, supo persuadir al duque su marido á que pasasen el resto de su vida en perfecta continencia, y los dos esposos hicieron secretamente este voto en manos de su Obispo. Desde aquel día, así el duque como la duquesa hicieron portentosos progresos en el camino de la perfección. Sintió Eduvigis inflamado su corazón con un nuevo incendio del divino amor, de manera que ya todos sus deseos, todas sus ansias, todos sus suspiros eran por el Cielo, no considerándose ya sino como madre de los huérfanos, de las viudas y de los pobres. Todos los días sustentaban un gran número de ellos en su palacio, y muchos comían en su mesa, sirviéndoles ella misma la comida, de suerte que ya era dicho común en toda la corte que la duquesa sólo se divertía visitando los pobres enfermos en los hospitales. Persuadió al duque su marido que fundase á corta distancia de Breslau, capital de la Silesia, donde residían los dos, el grande y célebre monasterio de Trebnitz, que la santa duquesa entregó á las religiosas del Cister. Dotóle el duque ricamente; pero Eduvigis aumentó tanto sus rentas, que alcanzaban para mantener á mil personas. Eran recibidas en él todas las

viudas y todas las doncellas que se querían consagrar á Dios. Al principio se contaban en la comunidad muchos centenares de monjas, á cuyo frente estaba la princesa Gertrudis, hija de nuestra Santa, y muy en breve fue aquel famoso monasterio escuela de perfección y asilo de la inocencia. Además de eso, hizo Santa Eduvigis que se educasen en él muchas señoritas pobres y huérfanas, con otras doncellas de inferior esfera, dando el hábito á unas, casando á otras, y proporcionando á todas medios muy oportunos para su salvación.

Nunca había gustado de galas; pero después que hizo el voto de continencia se vistió más llanamente, de manera que, ninguna mujer anduvo jamás vestida con mayor honestidad y modestia. Su ejemplo reformó muy en breve la vana profanidad de las señoras de la corte, como la ejemplar virtud del duque corrigió las costumbres y la conducta de los cortesanos. Pasaba Eduvigis lo más del tiempo dentro del monasterio de Trebnitz en compañía de las religiosas, con que sin mucha dificultad pudo conseguir el beneplácito de su marido para tomar también el hábito, aunque sin hacer los votos; bien que observaba todas sus reglas con más exactitud que las mismas religiosas. En nada quiso admitir la más leve distinción. Abatíase á los más humildes oficios, diciendo á las monjas: *Vosotras sois esposas de Jesucristo: yo no soy más que una de vuestras criadas; con que de obligación me tocan estos menesteres.*

El tierno amor y el sumo agradecimiento que profesaba á Cristo crucificado la inspiraban un deseo tan encendido de padecer mucho por su amor, que costó trabajo á sus directores poner algunos límites al rigor de sus penitencias. Siendo joven, delicada y de flaca complexión, maceraba tanto su carne, que tocaba ya la raya de cierto inocente exceso. Ayunaba todos los días, á

excepción de los domingos y fiestas más principales del año, **y se prohibió absolutamente toda comida de carne [pero comía pescado]**. En una grave enfermedad la mandó el legado de la Silla Apostólica en Polonia que usase de todo género de alimentos: obedeció, pero aseguró después que esta delicadeza había ejercitado más su paciencia que toda su dolorosa enfermedad. Extenuóse tanto su cuerpo al continuado tesón de una vida tan penitente, que parecía un animado esqueleto. Todas las mañanas oía cuantas Misas se celebraban en la iglesia del monasterio, con tanta devoción, que la pegaba á los más indevotos; comulgaba con mucha frecuencia, y sentía en la comunión aquellos dulcísimos consuelos con que regala el Señor á las almas fervorosas y mortificadas. Pero no hay virtud sobresaliente sin pesadas cruces, no hay santo sin grandes pruebas.

Conrado, duque de Kirn ó de Cirna, entró en las tierras del duque de Polonia Enrique, marido de nuestra Santa; dióse la batalla, y en ella quedó éste herido y prisionero. Sintió vivísimamente Eduvigis este desgraciado suceso, pero sin que por eso se alterase su tranquilidad, contentándose con decir á los que trajeron tan melancólica noticia que esperaba en Dios ver muy presto al duque restituido á su libertad y sano de sus heridas. Pero, resistiéndose Conrado á poner en libertad al duque de Polonia, sin embargo de las razonables condiciones que se le propusieron para ajustar la paz, se vio precisado el joven Enrique, primogénito de la Santa y heredero presuntivo de los Estados, á levantar un poderoso ejército, para que hiciese la fuerza lo que no había podido la negociación. Horrorizada la piadosísima duquesa de la sangre que se había de derramar, se determinó á pasar ella misma á la corte de Conrado y á exponer su persona para salvar á los demás. Apenas la vio en su presencia el duque de Kirn, cuando, apoderado de un respetuoso terror y olvidado de aquella fiereza con

que se había mostrado inflexible, concedió á la princesa todo cuanto le pidió, se ajustó la paz, y puso en libertad al duque de Polonia. Murió este virtuoso duque poco tiempo después, y todos admiraron la constancia, el tesón y la superior virtud de la duquesa. Viole expirar con ojos enjutos; y como las religiosas de Trebnitz mostrasen su excesivo dolor, explicándole con copiosas lágrimas, las dijo con una santa entereza: *Todos debemos recibir con humilde rendimiento, en vida ó en muerte, las amorosas disposiciones de la divina Providencia.* Tres años después quiso también el Señor ejercitar la heroica constancia de Santa Eduvigis con otra prueba no menos dolorosa, en la muerte del duque Enrique el Piadoso, su hijo primogénito, que murió en una acción contra los tártaros. Llególa al alma esta pérdida; pero la llevó con tanta resignación y con tanta serenidad, que tuvo pocos ejemplares, acreditando lo muerta que estaba la duquesa á todos los desordenados movimientos de la carne y de la sangre. Sólo con oír pronunciar el dulce Nombre de María, se bañaba de gozo su semblante. **Favorecióla Dios con el don de milagros y de profecía, pronosticando el día de su muerte mucho tiempo antes de su última enfermedad.** Mientras duró la enfermedad de que murió, la manifestó el Señor muchas cosas que jamás había aprendido ni oído á persona humana. Quiso recibir los Sacramentos cuando parecía que ya estaba buena; pero presto conocieron todos que estaba bien informada de la hora de su muerte, pues poco después de haberlos recibido pasó tranquilamente al descanso del Señor el día 15 de Octubre del año de 1243; habiendo vivido con cierta especie de milagro continuado cuarenta años enteros entregada á penitentísimos rigores, que confunden sin excusa la delicadeza y la cobardía de las personas del mundo.

Fue enterrado su cuerpo en la iglesia del monasterio de Trebnitz, con la pompa y con la solemnidad que era

debida á tan santa como respetable princesa, y muy luego comenzó á hacerse glorioso su sepulcro al número y á la magnitud de sus milagros. Trabajóse sin cesar en los procesos de su canonización, que se celebró solemnemente el día 15 de Octubre del año 1267, veinticuatro después de su muerte, por el Papa Clemente IV; y aun se asegura que, cuando el Papa estaba celebrando la Misa para canonizarla, suplicó humildemente á Dios que se dignase dar vista á cierta doncella ciega en testimonio de la santidad de Eduvigis, y que en el mismo punto cobró su vista la venturosa doncella. El año siguiente, á los 17 de Agosto, fue elevado de la tierra el santo cuerpo, exhalando una suavísima fragancia que llenó de admiración y de consuelo á todos los circunstantes. **Encontráronse consumidas todas sus carnes, á excepción de tres dedos de la mano izquierda, en que tenía asida una imagen de la santísima Virgen, que toda la vida había llevado consigo. Murió con ella en las manos, y la apretó con los tres dedos tan fuertemente, que, no pudiéndosela arrancar, la enterraron también con ella. El Papa Beato Inocencio XI fijó su fiesta al día 17 del mismo mes.**

LOS SANTOS VÍCTOR, ALEJANDRO Y MARIANO, MÁRTIRES

En la desgraciada época que cayó España bajo el poder de los mahometanos, especialmente la provincia de Andalucía fue el teatro de las más sangrientas crueldades de los agarenos [sarracenos]. Entre muchísimos de los cristianos que entonces lograron la corona del martirio, es de notar Teodisco, Obispo de Baeza, ciudad antigua del reino de Jaén, cuando la primera irrupción que hicieron los bárbaros en tiempo del rey D. Rodrigo, y quedó aquella iglesia sin Pastor que pudiese asistir y consolar á los fieles en una ocasión de tanta tribulación y de tanta angustia. Consiguieron

después los cristianos mozárabes, esto es, aquellos que vivían mezclados con los árabes, el uso libre de su religión y la elección de sus ministros eclesiásticos, á expensas de los crecidos tributos que quisieron imponerles los africanos; y valiéndose de este indulto los de Baeza procedieron á elegir Obispo en quien concurriesen las cualidades que exigían las críticas circunstancias de siglos tan turbulentos. Vivía por entonces en la misma ciudad un varón ilustre llamado Víctor, muy conocido por la arreglada circunspección de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría; y, como eran tan notorias sus eminentes virtudes, fue promovido á aquella cátedra por aclamación común de todos los electores. Conoció Víctor que era la voluntad de Dios que cargase sobre sus hombros con la pesada carga del ministerio episcopal en la estación de tan furiosas tempestades; y revestido de aquel valor y de aquella fortaleza que es propia de los héroes del Cristianismo, acreditó desde luego con pruebas prácticas el alto concepto que los fieles de Baeza tenían formado de su persona.

Alcanzó el pontificado de este glorioso pastor tiempos muy turbulentos: las armas vencedoras de los infieles y las pretensiones de los virreyes á quienes obedecía por entonces España, parece que se habían conjurado para destruir el nombre y la religión de Jesucristo; renovando con sus continuas persecuciones las crueldades de Nerón y de Diocleciano, y aun con exceso, por ser mayor el número de los cristianos que el de los primeros siglos de la ley de gracia; pero aunque todas las ciudades y los pueblos de Andalucía participaron de tan fatal azote, descargó más el furor sobre Baeza, á quien cupo un virrey ó gobernador árabe que, quebrantando los pactos hechos con los cristianos, los perseguía de muerte, dejándose ver aquella ciudad como un anfiteatro de las más enormes atrocidades, puesto

que en la ocasión hicieron los fieles ostentación de la firmeza de su fe, saliendo al campo de batalla á combatir contra los enemigos de la religión, sin temor de las cárceles, de los tormentos, ni aun de la, misma muerte; cuyos gloriosos triunfos se debieron, en la mayor parte, á la vigilancia y desvelo de Víctor, que, siempre activo y siempre infatigable, animaba á los cristianos con su presencia y con sus sabias exhortaciones á mantenerse constantes en la fe que profesaban. Supo el bárbaro agareno [sarraceno] los oficios del celosísimo prelado, y dando orden para que lo prendiesen con Alejandro y Mariano, fieles cooperadores de Víctor en todas las funciones de su ministerio, mandó decapitarlos en el día 17 de Octubre del año 743, que fue el de su glorioso martirio. Arrojaron los moros, según parece, los cuerpos de los tres Santos en el foso del alcázar de Baeza, donde se mantuvieron ocultos muchos siglos, hasta el año 1633, en que se dignó el Señor manifestar sus venerables reliquias con las de otros muchos mártires que padecieron por la fe, por medio de las prodigiosas luces que aparecieron en los muros del mismo alcázar; y, habiendo sido la invención en tiempo del Emmo. Sr. D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, Obispo de Jaén, mandó que se celebrasen con rito doble en aquella diócesis.

La Epístola es del cap. 81 de los Proverbios.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es más preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los días de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navio del mercader, que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró, y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y

fortificó su brazo. Probó y vio que era bueno su trafico: su candela no se apagará de noche. Aplicó la rueca á su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hacia el pobre. No temerá que molesten á su casa los fríos ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces, cuando se sentare con los senadores de la Tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dio un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; también su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, ésa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES

¿Quién hallará una mujer fuerte; es decir, una mujer de juicio tan asentado y de tan despejada capacidad, que no se deje deslumbrar de las brillanteces que tanto encantan á las de poco entendimiento; de tanta penetración, que conozca la extravagancia de una moda, la vanidad lastimosa de una gala, la caduca duración de una fortuna brillante, el veneno y la malignidad de las máximas del mundo; de tanto valor y de tanto espíritu, que desprecie generosamente todo aquello que no da mérito alguno; y, en fin, de tanta religión y de tanta cordura, que dedique su estimación solamente á la virtud? Esta es aquella mujer que con tanta razón dice el Espíritu Santo es muy rara, se ve pocas veces en el mundo, pero no deja de causar admiración que sea tan

rara una mujer de este carácter. El verdadero origen, pues, de este trastorno es la falta de virtud. Una vez que se apoderó del entendimiento y del corazón de una mujer el espíritu del mundo, deja poca libertad á la razón y á la religión. Luego que una alma comienza á ser mundana, inmediatamente se hace poco cristiana; y, desde aquel punto, el entendimiento, la capacidad, el juicio, el corazón, la cordura, las máximas más verdaderas y más sólidas, todo degenera en ella. ¿Quieres hallar una mujer fuerte, es decir, cuyo mérito sea verdadero, y que ella misma sea verdaderamente respetable? Pues busca una que sea verdaderamente virtuosa, verdaderamente cristiana, que coloque todo su mérito en cumplir con las obligaciones de su estado. El retrato de esta mujer hácele la epístola de hoy, y el modelo de ella fue Santa Eduvigis. El temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, debe ser, dice el Sabio, como la base y el cimiento de todas sus bellas prendas. El cuidado de vivir bien con el esposo que él Cielo la destinó, y de conservar bien la unión y la paz en la familia, ha de ser una de sus principales ocupaciones.

El Evangelio es del cap. 13 de San Mateo.

MEDITACIÓN

Cuánto se debe temer el estado de tibieza.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay estado de que sea más dificultoso salir que del estado de tibieza. Para salir de un estado peligroso á la salvación es preciso conocer, lo primero, que efectivamente está el alma en aquel estado, y lo segundo su peligro. Pues esto es puntualmente lo que el alma tibia no conoce. El pecador que notoriamente está como anegado en los mayores desórdenes, sin dificultad conoce el lastimoso peligro en que vive. Hay ciertos momentos venturosos en que, á

favor del menor rayo de la gracia, descubre en su pobre alma tan monstruosas deformidades, que él mismo es el primero en llorar su infelicidad; y esta humilde confesión, este saludable conocimiento hace menos dificultosa su conversión. Pero al alma tibia siempre la falta este socorro; porque nunca se persuade que está en el estado de la tibieza. Bien se puede decir que ya no está en él cuando comienza á conocerlo; porque este conocimiento siempre es hijo del fervor, y esto es justamente lo que hace tan dificultoso que una alma tibia vuelva sobre sí. ¿Por donde se le ha de persuadir que está en este lamentable estado, si el primer efecto que causa la tibieza es la ceguedad? Como la tal alma sólo se fue relajando poco á poco, también se fue poco á poco familiarizando con el pecado hasta que hizo costumbre de sus faltas, y, en fin, llega á saborearse en ellas. En semejante estado nada le hace fuerza y de nada desconfía. Nunca descubre en sí cosa nueva que la escandalice. Cáese en la tibieza sin omitir ninguno de los ejercicios espirituales acostumbrados; antes bien la tibieza, por lo común, tiene su origen en aquellas imperfecciones que insensiblemente se van como resbalando en estos mismos ejercicios.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la desgracia de una alma tibia es tanto mayor cuanto, en aquel lastimoso estado, los consejos de los mayores amigos, las saludables advertencias de un prudente confesor, los avisos de un superior celoso, los buenos ejemplos que se tienen á la vista, todo es mal recibido, llegando á tanto algunas veces esta insensibilidad y esta dureza, que parece estar el alma como encantada ó poseída. Nada la hace fuerza, nada la mueve, ni aun aquello mismo que atemoriza y aterra á los mayores pecadores. Parece que está en ella apagada la fe y desterrada la razón, descubriéndose señales muy visibles de un funesto abandono de Dios, y, como si dijéramos, de su probable

infeliz reprobación. Todos deben temer un estado tan infeliz, pero ninguno más que los que exhortan á otros á la práctica de las virtudes que ellos no tienen. Pero, Dios mío, ¡qué fuerza harán estas reflexiones á una alma que poco á poco se va consumiendo con la calenturilla lenta de la tibieza! Rara vez se sana de ella sino por un milagro de vuestra misericordia. Nunca conocerá su desdicha, si Vos no se la hacéis conocer; nunca se verá á sí misma en esta pintura, si Vos no la decís interiormente que éste es su verdadero, retrato. Mas ¿y de qué la servirá este conocimiento, si no la dais una poderosa gracia [Dios quiere sinceramente que todos se salven y a todos da gracia suficiente, pero el hombre tiene libre albedrío y puede rechazar a la gracia divina] para que salga de tan lastimoso estado? Concedédmela, Señor, por vuestra piedad, que resuelto estoy á resistirla.

JACULATORIAS

No me abandonéis, Señor, no me desamparéis, pues sólo en Vos coloco toda la esperanza de mi salvación.—*Ps. 26.*

Siento, Dios mío, no sé qué nuevo fervor dentro de mi corazón; encendédmele, avivádmele más y más.—*Ps. 38.*

PROPÓSITOS

1. Al hombre tibio, ordinariamente le concede Dios pocas gracias extraordinarias, porque es muy infiel aun á aquellas pocas que recibe. Sus faltas siempre son considerables por ir acompañadas de mayor menosprecio, de malicia más voluntaria, y de más fea ingratitud que las de otros pecadores. La odiosa mezcla de bueno y malo de que se componen los colores que forman el retrato de una alma tibia, muestra bien lo injuriosa que es á Dios su mala conducta. En lo bueno

aparente que hace acreditar que no peca por olvido de Dios; pero la imperfección y la desidia con que hace aquello poco bueno convencen el bajo concepto, ó, por mejor decir, el desprecio con que trata al mismo Dios, sirviéndole con tanto disgusto, con tanta indiferencia y con tanta frialdad. Por eso se puede decir que es recíproco este disgusto: ella está disgustada de Jesucristo, y Jesucristo está disgustado de ella.

2. Aunque la tibieza es tan gran mal, siempre nace de causa muy ligera. No se cae en él de golpe, ni cometiendo culpas graves sino por éstas que se llaman distracciones voluntarias, faltas comunes, pecados veniales de costumbre, descuido y negligencia en las obligaciones, etc. Sé, pues, atentísimo, cuidadosísimo en evitar las menores imperfecciones voluntarias: las faltas más pequeñas, que se cometen con plena deliberación, llevan casi infaliblemente á la tibieza.